

tico y seguro de transformación social, mediante la cual desaparezcan la guerra de clases, la guerra entre gentes del mismo oficio y la guerra entre naciones; mediante la cual acaben de una vez las humillaciones y odiosas desigualdades sociales, desapareciendo el proletariado y la burguesía, para dar paso á la constitución de una sola clase, la de los hombres asociados para cumplir libérrimamente los complejos fines de la vida; mediante la cual, en suma, se redima al proletariado y con él á todos los que sufran, y redimiéndose á todos los que sufren, se redima íntegramente á la humanidad. ¡Menguada sería nuestra labor, si al mero propósito de comer más barato hubiéramos de limitarla! Por la memoria de nuestro precursor Roberto Owen, por la de los 28 tejedores de Rochdale, que fueron los fundadores del mundo cooperativo, no cometamos tan grave sacrilegio.»

Ante esos dos extremos, reflexione tranquilamente el trabajador. Sin duda Bancel, que en otras ocasiones da más importancia y trascendencia á la cooperación, ha descendido en este caso á un positivismo menguado y sacrílego, según las duras calificaciones que acabamos de ver; pero Salas Antón se entrega á lirismos que carecen de toda posibilidad, considerando, como de-

mostramos en otro lugar de este escrito, que el cooperador lleva en sí el virus capitalista y se asfixiaría en una atmósfera de desinterés y altruísmo.

En un folleto publicado por la *Revista Cooperativa Catalana*, destinado á que los trabajadores y principalmente los anarquistas sepan que Sebastián Faure, escritor y orador anarquista, propaga la cooperación, se lee un extracto de un discurso en que éste repite lo que dijo Bancel en *L'Humanité Nouvelle*, á saber:

«Hase tachado á las cooperativas de «hacer capitalistas;» pero las acciones de las cooperativas no producen el menor interés ó lo producen muy escaso. El cooperador no embolsa excesos de percepción más que cuando se surte efectivamente en el almacén cooperativo, y aún, ese caso, esos excesos de percepción no son bastante importantes para que los cooperadores corran el riesgo de aburguesarse en un conservatismo estrecho y feroz.»

No obstante, la afirmación de Sebastián Faure no está exenta de la siguiente nota adversativa que le cuelga Salas Antón:

«Sin embargo, no carece de fundamento el reproche, cuando se aplica á sociedades que venden al público, sin que éste tenga participación



en el exceso de percepción, y los asociados se reparten entre sí, en cualquiera forma que sea, el mencionado exceso. Claro es que, en ese caso, no se aburguesan los obreros porque se hagan ricos, sino porque degeneran en ambiciosos y metalizados. Hay que evitar á toda costa ese peligro.»

¿Se evita?

Responda, poniendo la mano en su corazón, cada cooperador de los que pertenecen á las cooperativas indicadas por Salas Antón, que sospecho que son muchas, y que se hizo cooperativo porque vió estampas de soberbios edificios que parecen palacios reales ó casas de las grandes compañías burguesas, ó porque vió totales millonarios en estadísticas que empiezan con un capital de 3 pesetas.

Ya responde Bancel, en *Le Coopératisme*, cuando, tratando de la participación de los beneficios, dice:

«La participación es reclamada en Inglaterra, por los empleados de las cooperativas de consumo; pero la mayoría de las cooperativas inglesas no la conceden.

»En los talleres de las cooperativas ó de los Wholesales del Reino Unido no se ha generalizado la participación, sobre todo en las regiones

próximas á Manchester. En ese país, los cooperadores sostienen que los obreros están suficientemente pagados, cuando perciben jornales iguales ó mejorados que los de sus compañeros de las industrias privadas. En esas condiciones, los cooperadores participacionistas de la región de Glasgow, les reprochan por conducirse como vulgares patronos; pero los reprochados responden que el exceso de valor producido por los obreros no aprovecha exclusivamente á los directores de las empresas cooperativas, sino á la colectividad, y, por consiguiente, á los mismos obreros que reciben el beneficio en forma de mercancías baratas.»

Ahora añadiré que, en el Congreso Cooperativo Catalano-Balear figuraban entre representadas y adheridas 90 sociedades, y según Bancel, en 1898 sólo había dos cooperativas en España que tuvieran establecida la participación en los beneficios para sus dependientes, empleados ú obreros; y considerando esa participación como una de las formas prácticas de la solidaridad, indudablemente superior en sentido altruísta á la no participación, siento mucho haber de quitar valor, mucho valor, á estas frases grandilocuentes de Salas Antón:

«Compañeros queridos: juramentémonos, an-



tes de abandonar este salón, antes de franquear el vestíbulo de este Palacio de Bellas Artes que nos cobija, antes de darnos nuestro fraternal abrazo de despedida; juramentémonos para establecer entre nosotros la religión de la solidaridad, merced á cuyo imperio todos los hombres nos haremos libres, todos los hombres nos haremos iguales, todos los hombres nos reconoceremos hermanos. Y á fuer de solidarios, pensemos que, para ser cooperadores perfectos, ó lo menos imperfectos posible, es menester que tomemos la cooperación como instrumento de emancipación integral del proletariado, á cuyo bienestar y á cuya redención hemos de consagrar todos nuestros esfuerzos, en la convicción de que, trabajando por la redención del proletariado, no trabajamos en favor de este elemento solo, sino que trabajamos en favor del conjunto de la humanidad. Ya véis, pues, si es obra de paz, de concordia y de amor la nuestra.»

Como dato importante y reciente, incluyo el siguiente, que me ha enviado de Londres mi buen amigo Tarrida del Marmol:

«Todos los periódicos burgueses de diversos matices hablan con elogio del Congreso cooperativo de Strafford.

»El *Standard*, que con el *Times* y el *Morning-*

*Post* forman la trinidad conservadora y antidemocrática por excelencia de la prensa londinense, publica lo siguiente en su número de 25 de Mayo (1904):

«El Congreso cooperativo reunido ayer en Strafford tiene motivo de mostrarse satisfecho de los substanciales progresos realizados por el movimiento cooperador. Las diferentes sociedades federadas cuentan con 2 millones de socios y un capital combinado de 37 millones de libras (925 millones de francos), lo que las eleva á la consideración de factor influyente en la existencia comercial del país. Se apreciará mejor tal éxito, considerando que se ha obtenido mediante métodos prácticos y moderados y sin recurrir á uno solo de esos extravagantes ideales manifestados por otras organizaciones industriales más democráticas. El aumento de la responsabilidad al par que la estabilidad ha servido de freno á toda tendencia socialista y ha producido la unión de las diferentes sociedades en las empresas comerciales ordinarias.»

Eso es hablar en plata: esos 2 millones de obreros negociantes, forman un cuarto estado poderoso, á quien el tercer estado (la burguesía) reconoce en cierto modo la beligerancia para la lucha por la existencia; por haber tenido la abne-



gación de refrenar las tendencias socialistas y, siendo obreros, haber aceptado el consejo de aquel estadista francés, que azuzaba á sus compatriotas burgueses diciéndoles: ¡enriqueceos!

En efecto; esos 2 millones de obreros, que tienen participación en los 37 millones de libras ahorrados y ganados, no tienen nada que ver con los que no han ahorrado ni ganado, y de que hace mención este informe periodístico:

«La comisión de higiene pública de Londres, ha publicado una estadística de la miseria existente en la gran ciudad, resultando de un recuento verificado en la noche del 20 al 30 de Enero del año corriente (1904): 1,509 hombres y 120 mujeres han paseado toda la noche por las calles por falta de albergue; 100 hombres y 63 mujeres se han resignado á dormir en los quicios de puertas cocheras; 23,442 personas han logrado encontrar un techo por un penny en los asilos *ad hoc*.

»En la lista de esos infelices se contaban 54 muchachos menores de diez y seis años y 33 niñas menores de catorce.»

Tampoco pueden tener solidaridad esos gananciosos cooperativos con sus compatriotas los mencionados por Robert Sherard, quien en un libro titulado *Los esclavos blancos de Inglaterra*,

ha recogido interesantísimos datos acerca de la situación del trabajador inglés. Sus informes son directos: él mismo ha visto, observado y preguntado á los trabajadores, y dice:

«Lo que más admira es la tenacidad con que esos desgraciados se adhieren con toda conformidad á una vida tan miserable.»

El autor admira esas víctimas de la «fabricación inglesa.» Ha visto hombres que se burlaban de sus sufrimientos, que se reían de sus miserias, siendo verdaderos héroes. He aquí detalladas algunas de sus observaciones:

*Los obreros de productos químicos.*—Respiran un aire hasta tal punto mofético, que alrededor de las fábricas no vive ningún vegetal, habiéndose visto obligados los propietarios á comprar los terrenos que forman la esfera de la influencia de los gases emponzoñados. Este oficio mata á los obreros de 45 á 55 años.

Hay cierto gas de cloro, que el hombre que de él se satura muere en una hora. Los hombres trabajan protegidos por bozales y anteojos en una nube de polvo venenoso, y cuando alguno, por falta de alguna previsión, se siente mal, se le da aguardiente y se le lleva á morir á su casa.

El simple tránsito por la fábrica está lleno de



peligros, habiendo con frecuencia quien cae en una tina en fusión ó en otra de vitriolo.

La vejez prematura, la pérdida de los dientes, la degeneración física, la parálisis y la muerte lenta al lado siempre del peligro, eso es lo que afrontan sin cesar esos obreros por un miserable salario; sin contar con frecuentes paros.

La última etapa en el taller antes de ir al hospital, consiste en romper la piedra de que se extrae el azufre: allí se les ve anémicos y exangües, y contentos aún, porque, como dijo un obrero á Sherard.—«Este trabajo se paga menos que el de machacar grava en la carrétera, pero aquí se está caliente en invierno.»

*Los claveros de Bromagrose.*—Este oficio no es mortal ni peligroso como el anterior, pero mata de hambre. El obrero vive de pan y té y, si los negocios van bien, puede consumir 6 pences de carne á la semana. El patrón exige del obrero 1,200 clavos por mil, y si la venta se paraliza, no admite el trabajo, habiendo de volver el obrero con su carga y sin un céntimo á su casa. Hay una palabra monstruosa de un burgués explotador de este oficio. A un obrero que se quejaba por que se le desechaba el trabajo y no podía llevar pan á su familia, respondió: «¡Haz sopa de esos clavos!»

*Los zapatilleros, los cortadores y cortadoras de paño en Leeds.*—La confección de zapatillas ha sido arrebatada á los ingleses por una inmigración de judíos polacos que aceptan el trabajo á mitad de precio. Los cortadores trabajan en condiciones horribles, que me resisto á detallar.

Siguen los *cardadores de lana*, los *obrerros en albayalde*, etc., y en todos ellos hay desolación y muerte, á la vez que explotación en grado enormemente criminal.

Y si esta triste realidad, si ese inevitable aburguesamiento del cooperatismo es absolutamente incompatible con los lirismos fraternales, humanitarios y cosmopolitas de sus propagandistas, ténganse por desviadores de la vía única de la emancipación del trabajador todas sus teorías, todos sus ejemplos, todas sus estadísticas y todas sus estampitas, y váyanse á cooperar los que aspiran á ser ricos, persuadidos de que si se lo proponen con empeño llegarán á serlo; mas para ello han de empuñar el látigo que hoy les azota para ensangrentar con él las espaldas de los trabajadores imposibilitados por miseria é ignorancia de cooperar.

Apártanse, pues, del cooperatismo los que por ciencia y por conciencia quieren la positiva fraternidad humana.